

2012

Nuevos poemas del cuerpo

Alejandro Oliveros

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Oliveros, Alejandro (April 2012) "Nuevos poemas del cuerpo," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 75, Article 34.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss75/34>

This Voces de Venezuela is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

ALEJANDRO OLIVEROS

NUEVOS POEMAS DEL CUERPO

Instante

In memoriam Ezra Pound

¿Qué he hecho, Dios mío,
para merecer la belleza
de esta luz que se extiende
ante mis ojos?

¿Qué he hecho
para que el azul de tu cielo
me envuelva, como la copa del mango
envuelve al azulejo?

Un poema del cuerpo

El cuerpo recuerda, dice Sandor Márai,
como si hablara de un espejo.

De los cinco sentidos con que fue dotado
el hombre, el tacto es el más confiable.

No lo confunde la noche redonda
ni se retira con la llegada de la aurora.

El cuerpo tiene su propio laberinto,
su oculta geografía de caminos y posadas.

El cuerpo recuerda, es verdad, y sus memorias
nos hablan de esplendores sedosos y humedades.

Presente y memoria

No hay memoria del presente, nos recuerda
Aristóteles, pues el recuerdo no es sensación
ni juicio. Pero, cuando pongo mis manos
en tus pechos, me acuerdo de ti.

Sapitos

Para Jaime Manrique Ardila

Los sapitos de Cartagena cantan
para que la mar no se los lleve.
Cantan con nostalgia, toda la noche,
alimentados por el recuerdo.
Los sapitos de Cartagena sufren
el exilio de los tiempos. Se miran
en el espejo, sus barbas blancas
como pulpa de guanábana y sus labios
cansados de furtivos besos.
Yo los oigo desde las murallas,
esta noche sus voces son roncas,
el aguardiente de las olas
tiene irritadas sus gargantas.

Peso del cuerpo

El viejo capitán Cousteau,
en la más insondable de las profundidades,
sintió que la gravedad
era nuestro castigo por el pecado original.

En consecuencia, debo entender
que mis noventa kilos forman parte

de esta condena insoslayable.
La carga que me mantiene
adherido al polvo del camino
y los vapores del asfalto.
El peso que me impide surcar
el cielo con la elegancia del pelicano
o el nerviosismo de un colibrí.

Solo dos veces he logrado suprimir
la certeza newtoniana,
al flotar como una cruz en el océano,
y al extenderme sobre tu cuerpo: “Cuando estás
encima de mí, tú no pesas nada.”